

Eduardo Suárez Galindo

SECRETARIO GENERAL Y RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

POR POR PAULA MARTÍNEZ CHAPA Y MAGDA ISABEL HERNÁNDEZ

Con una licenciatura en Derecho, Suárez Galindo se inscribió en la naciente Escuela de Economía; fue director de la misma y del Centro de Investigaciones Económicas, Secretario General y Secretario General en funciones de Rector de la Universidad de Nuevo León, además de ser uno de los redactores de la actual Ley Orgánica de 1972. A nivel profesional ocupó un destacado puesto en la OEA y en el CONACYT como primer delegado en el Estado, continuó su labor académica en el Colegio de México y como traductor en el Fondo de Cultura Económica.



Dónde nació y cuándo?

Yo nací en esta ciudad el 6 de noviembre de 1931, o sea, acabo de cumplir 81 años.

¿Sus padres quiénes fueron y a qué se dedicaban?

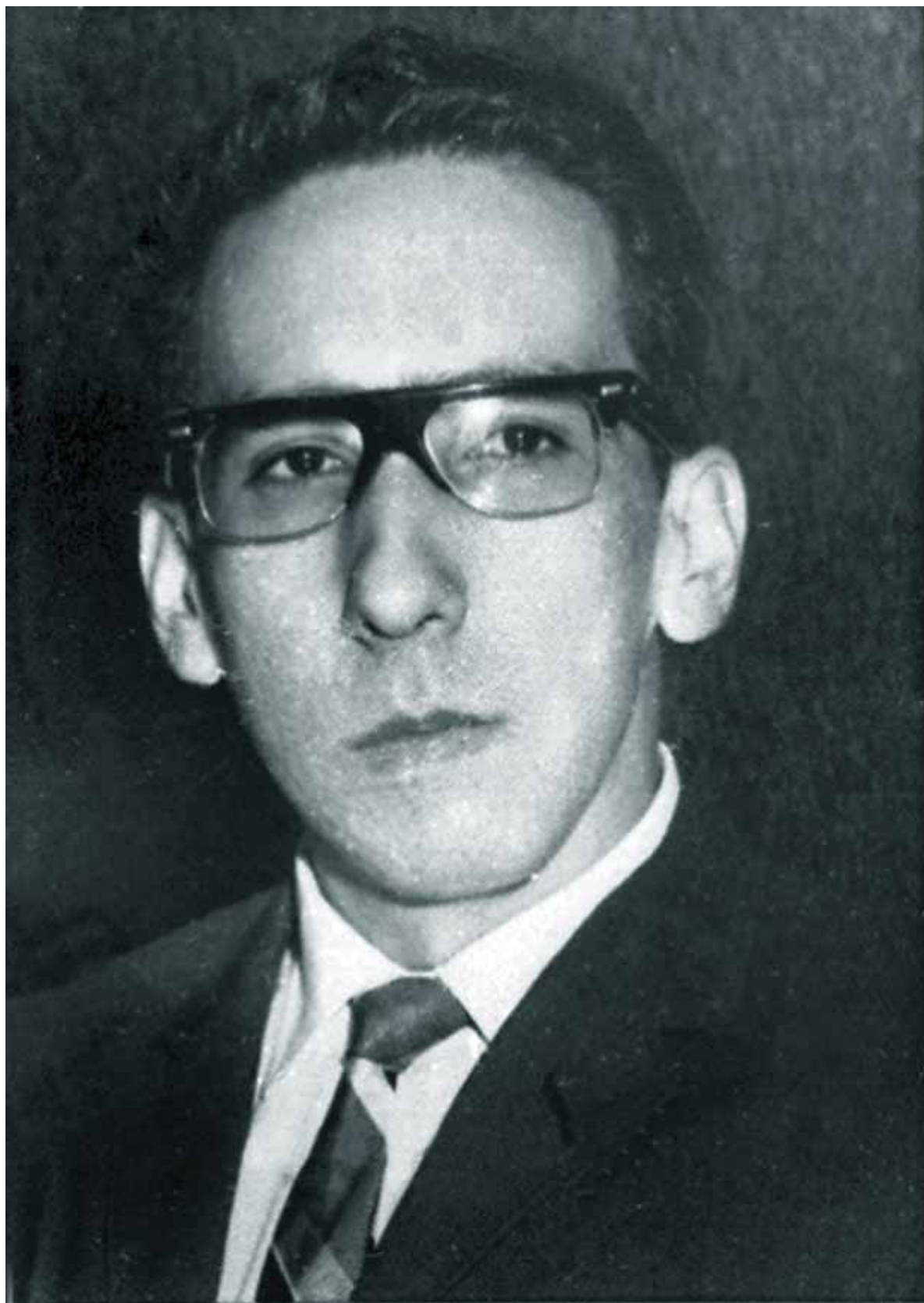
Mi padre era carpintero, pero no vivía aquí cuando yo nací; vivía en Tampico en alguna compañía armadora de barcos, de manera que mi madre estaba sola con mis cinco hermanos mayores. Yo fui el último de sus hijos. Vivíamos en la Colonia Industrial, en un barrio pobre de Monterrey.

Platiquenos sobre su nombre, ¿por qué todos lo conocen como Lic. Eduardo L. Suárez?, ¿ese no es su nombre correcto?

Es curioso, pero toda la vida use la L; yo creo que en el registro de la iglesia me pusieron Leonardo porque yo nací el día de San Leonardo; y Eduardo fue por un tío mío que acababa de fallecer, y todos mis documentos están así, con la L. Pero un buen

día, hará no más de 15 años, que tuve que sacar un acta de nacimiento, me dí cuenta que no aparecía el Leonardo para nada, entonces mi nombre es: Eduardo Suárez Galindo. Mis padres eran: José Guadalupe Suárez y Antonia Galindo, mi padre era de Guanajuato y mi madre de China, Nuevo León.

Estudí la primaria en la Escuela de la Revolución, que todavía está el edificio por la calle Bernardo Reyes, aunque ya no funciona como escuela. Luego estudié en la Escuela Secundaria No. 1 que está en M. M. de Llano entre Juárez y Colegio Civil; eran los años de la Segunda Guerra Mundial. Cuando yo estaba en tercero de secundaria terminó esa guerra y recuerdo la alegría que causó en Monterrey y en todo el mundo ese acontecimiento. Después pasé a estudiar la Preparatoria No. 1 de la Universidad



“Un día se celebró un homenaje al escritor cubano José Martí y curiosamente asistió a esa reunión un joven mayor que nosotros que andaba juntando fondos para una revolución en su país, y ese joven era Fidel Castro”.

de Nuevo León, que no era autónoma todavía, en el edificio que actualmente se encuentra en la calle de Colegio Civil.

¿En qué años estuvo?

Entré a la escuela primaria en 1937 cuando iba a cumplir seis años; a la secundaria en 1942; a la preparatoria en 1945. Ahí me tocó cursar tres años de preparatoria, porque el Rector Enrique C. Livas implantó un nuevo plan de estudios que abarcaba tres años en lugar de dos, que por cierto fue la única ocasión en que ocurrió, hasta donde yo sé, al grado que cuando estaba en el tercer año en 1948, se hizo una huelga en la preparatoria sobre todo con los alumnos de primero y segundo año. Pedían volver al plan anterior de dos años y así fue esa huelga, triunfó. Los alumnos de segundo año salieron de esa escuela junto con los de tercero y el Rector Livas tuvo que renunciar.

¿Recuerda cuáles fueron sus maestros?

Recuerdo al Lic. Genaro Salinas Quiroga, que fue mi maestro de Ética y de Filosofía del Derecho, al Dr. Clizerio Meza, que fue mi maestro de Lógica; al Lic. Francisco Zertuche, que fue mi profesor de Literatura.

¿Compañeros?

Curiosamente en virtud de cambios de plan de estudios, bueno, ya en el tercer año, se dividieron los grupos en carreras específicas. Así que el grupo de Leyes en el que estaba yo, solamente tenía nueve alumnos, en virtud de que algunos compañeros de secundaria se habían ido a estudiar fuera de aquí, como a Saltillo, para hacer la preparatoria en dos años nada más. Así es que sí recuerdo a mis compañeros, recuerdo a Ignacio Cuevas, Gilberto Padrón, Rigoberto Garza,

Bernardo Guerra, Antonio Morales; hay uno que fue muy destacado: Marco Antonio Leija Moreno.

¿Usted participó en alguna actividad?

Como se había ampliado el tiempo que podíamos dedicar al estudio, en el tercer año nos la pasamos muy holgadamente. La verdad yo recuerdo que en la esquina de Washington y Juárez había un billar, y realmente nos pasábamos la mayor parte del tiempo ahí. El plan del Dr. Livas no tuvo mucho provecho, no por culpa de él, pero así sucedieron las cosas. Sólo recuerdo que el Lic. Zertuche tenía un grupo de estudio de Literatura donde nos reuníamos con los compañeros de la preparatoria nocturna; y recuerdo que un día se celebró un homenaje al escritor cubano José Martí, y curiosamente asistió a esa reunión un joven mayor que nosotros que andaba juntando fondos para una revolución en su país, y ese joven era Fidel Castro. Así que años después, 15 o 20 años por lo menos, un agente de tránsito me paró un día en la calle, y yo creía que me iba a multar por algo, pero no, quería darme un mensaje: dijo que había ido a Cuba con un escuadrón de agentes de tránsito que hacía espectáculos; fueron a saludar a Fidel Castro, y al saber que eran de Monterrey éste le dijo que tenía dos amigos de Monterrey: uno era Adrián Yáñez Martínez y el otro era yo. Yo había olvidado por completo aquella reunión, pero me llevé esa agradable sorpresa.

¿A usted le tocó convivir con él?

Sí, porque el profesor encargó una biografía de José Martí que le gustó a Castro; y Adrián también habló en esa reunión, él era un gran orador. Años después fui a Cuba y le pregunté a algunas personas del hotel cómo podría ver a Fidel Castro; recuerdo que me dijeron que nadie sabía donde estaba Fidel Castro, que era prácticamente imposible verlo, a menos que Castro quisiera verme a mí, y bueno, ahí quedó.

¿Alguna otra anécdota que recuerde con sus compañeros?

Realmente no hacíamos nada, sólo jugar billar y en los patios de la escuela jugábamos mucho voleibol.

¿Le tocaron las novatadas?

Sí me tocaron, cuando entré a la prepa fui pelón a registrarme porque en eso consistían básicamente las novatadas, en que los compañeros de años superiores cortaban pedazos de cabello y uno se



Eduardo Suárez, sentado al centro, acompañado por Consuelo Meyer y Alfonso Rangel Guerra, con los integrantes de la primera generación de la Facultad de Economía.

tenía que pelar todo. Entonces yo decidí pelarme antes de tiempo.

¿Usted trabajaba o se dedicaba solamente al estudio?

Solamente al estudio.

¿Cómo decide ir a la Facultad de Economía?

Bueno, yo desde niño pensaba ser abogado, porque un padrino mío había ido a la cárcel acusado de un homicidio, que por cierto finalmente fue declarado inocente, pero estuvo como uno o dos años en la penitenciaría que estaba en la Alameda; y yo iba a visitarlo con mi mamá cada domingo. Entonces siendo un niño me dije que quería ser abogado para defender a los inocentes injustamente acusados, y así mantuve esa visión hasta que me recibí de abogado. Yo entré a la Facultad de Leyes de la Universidad en 1948.

¿Cómo era el ambiente en la facultad?

Era un ambiente muy alegre, muy tranquilo, todo mundo dedicado al estudio y a disfrutar de la vida en esa edad, que es tan hermosa. Yo disfruté los cinco años de la carrera, pero al mismo tiempo que estudiaba yo andaba buscando un trabajo,

hasta que finalmente cuando estaba en segundo año entré a trabajar como escribiente en un Juzgado Penal.

¿Cuál fue ahí su experiencia?

Fue una experiencia muy útil porque el juez era el Lic. Valentín Treviño; me tomó confianza y me pidió que le hiciera una parte de las sentencias, o sea, la primera parte de una sentencia, los antecedentes, el relato de todo el contenido del expediente, lo que se llama resultandos; y después me fue agarrando mas confianza, me dejó que hiciera los considerandos, o sea, los argumentos legales para condenar o absolver al acusado, hasta que simplemente me decía: “lo vamos a absolver” o “lo vamos a condenar a tanto años de prisión”. Así es que yo acabé haciendo toda la sentencia y adquirí mucha práctica.

¿Así estuvo todo el segundo año?

Estuve como un año. Después me cambié a un Juzgado Civil y ahí también me daban mucha libertad, no para hacer las sentencias, pero sí para hacer todos los acuerdos. El Secretario del Juzgado era el Lic. Julio Peña Garza y el Juez era el

Lic. Óscar Treviño Garza; me daban mucha libertad para que yo redactara los acuerdos que había que hacer. Ahí estuve otro año y luego me nombraron actuario de un Juzgado Menor con el Lic. José Zamora, entonces yo estuve ahí dos años hasta que terminé mi carrera. Así que al mismo tiempo que estudiaba estaba practicando. Siempre la Facultad de Leyes ha tenido un horario muy cómodo para los estudiantes, dando las clases tempranito en la mañana como de 7:00 a 10:00, y luego en la tarde de 5:00 a 7:00, así es que todos podíamos trabajar.

¿Qué maestros tuvo en la facultad que lo hubieran marcado o que para usted fueron importantes?

Yo recuerdo como a mis maestros más destacados al Lic. Ezequiel Puente, maestro de Derecho Penal, era un penalista muy destacado; al Lic. Bernardino Oliveros, que fue mi maestro de Introducción al Estudio del Derecho, muy bueno también; al Dr. Agustín Basave, que me impartía Teoría del Estado; otro maestro: Leopoldo Peña Garza, era mi maestro de Derecho Procesal.

¿Compañeros a quienes recuerde?

Era un grupo muy numeroso, 50 por lo menos, quién sabe de dónde salieron porque de la prepa yo no los recuerdo; había muchos de ciudades cercanas, la mayoría. De entre los que se destacaron más que ahora recuerdo: Marco Antonio Leija y Florencio Flores. Hubo un tiempo en que los tres magistrados del Tribunal Superior de Justicia habían sido mis compañeros en la escuela de Leyes, que era Marco Antonio Leija, Florencio Flores y Andrés Quintanilla. También recuerdo a Édgar Salinas, a César Santos, que fue Alcalde de Monterrey; a Roberto Garza de la Cabada, muy buen estudiante; a Mario López que es o era hasta hace poco notario público; a Gonzalo Martínez, también notario público; a Roque González, que fue embajador de México en varios países.

¿En la facultad realizaron alguna actividad especial?

Recuerdo que en 1952 se organizó en la Universidad un viaje a la Ciudad de México para agradecer al Presidente Miguel Alemán la donación de los terrenos de la Ciudad Universitaria. El Gobernador en ese entonces era Ignacio Morones Prieto, y el Rector el Lic. Raúl Rangel Frías. Yo fui en esa caravana, curiosamente, como dirigente del grupo de la Facultad de Leyes,

porque iban de todas las facultades, y así fue como conocí la Ciudad de México, nunca había ido, nos pasamos ahí como una semana. Es el único acontecimiento que recuerdo que nos unió a todos en la Facultad de Leyes.

¿Formó parte de algún equipo universitario?

En una ocasión y, por breve tiempo, jugué basquetbol con un equipo de la Universidad en la Liga de Primera Fuerza. La verdad es que la Universidad tenía dos equipos en ese tiempo, uno formado con los mejores jugadores y el otro medio regular, y con éste jugué; el capitán era el Lic. Rubén Barragán, pero nada más jugué un año como pitcher. Cuando ya era abogado jugué con otros equipos como pitcher y como bateador, pero con la Universidad nada más ese año.

Concluye la facultad ¿y qué sucede en cuestión laboral?

Me recibí de abogado en octubre del 1953 con una tesis que se llamaba “El abuso de los derechos”; renuncié a lo de actuario y puse un despacho legal y empecé a litigar. Ya estoy litigando, pero en 1954 me encontré con un abogado mayor que yo y nos dijo a un compañero mío, Jesús Treviño Faz y a mí, que él radicaba en Tijuana, y que allá había muy pocos abogados, que había mucho trabajo para los abogados. Treviño Faz me dijo que si nos íbamos juntos a Tijuana y yo acepté, nada más que me dijo que él se iba a ir un poco después y total que nunca fue, nada más me fui yo. Mi compañero nunca llegó y el licenciado que nos dijo que no había muchos abogados, tampoco apareció por allá.

¿Cómo empieza a adaptarse?

Sólo llevaba una carta de recomendación del Juez Civil con el que yo había trabajado, el Lic. Óscar Treviño Garza, para un abogado compañero de él que vivía en Tijuana y con el cual yo me presenté y me ocupó en su despacho; bueno nada más me prestó una oficina porque litigaba en otras cosas y así fue como me inicié en ese despacho, litigando.

¿Qué litigaba civil o penal?

Litigaba básicamente civil, pero abogados había en Tijuana tantos como aquí, si tomamos en cuenta el tamaño más pequeño de la ciudad, de manera que no me iba muy bien; no conocía a nadie y, por cierto, en esa Navidad de 1954 vine a Monterrey, y al regresar en enero de 1955 me llevé a mi mamá conmigo porque ya se habían casado todos mis

hermanos y ella estaba sola, entonces me hizo compañía. A los pocos meses tomé un negocio y el señor al que yo andaba demandando se hizo muy amigo y me dijo que él en realidad era agricultor en Baja California Sur, y que allá sí que no había abogados, que me fuera para allá y me fui para La Paz con mi mamá, pero ahí sí que no conocía a nadie.

¿Y cómo le va allá, cómo estaba el panorama?

Muy triste. Me enteré de que el Secretario de Gobierno era un abogado, el Gobernador era el General Bonifacio Salinas Leal, que había sido Gobernador de Nuevo León. Me fui a hablar con el Secretario General a ver si podía ayudarme a instalar un despacho, aconsejarme algo, y él me pidió que nos asociáramos en un despacho y yo acepté desde luego, pero no había casi nada de trabajo. Esto era en la primera mitad del 1955, entonces ese abogado me dijo un día que en un pueblo que se llama Santa Rosalía de Baja California Sur, que está cerca de la línea divisoria con Baja California Norte, que no había agentes del Ministerio Público, que estaba vacante y que si quería ir a ocuparme de eso, y pues yo acepté,

¿Dónde estaba su despacho?

Estaba en Escobedo y Arambarri, al otro lado de la oficina de mi hermano mayor; él me pasó otro, ese pequeño despacho contiguo a su negocio.

¿Él era abogado?

No, él se hizo abogado después y notario público también. De repente el Gobernador Rangel Frías creó un nuevo Juzgado Penal y un nuevo Juzgado Civil y a mí me dieron el Juzgado Penal.

¿Lo mandaron llamar o cómo se dio?

El Secretario Particular del Gobernador Rangel Frías era amigo mío y compañero de generación, aunque no era abogado, era el ingeniero Noé G. Elizondo. Yo le pedí a Noé que viera la posibilidad de darme ese juzgado, y mi hermano mayor habló con un amigo del Gobernador que era el Lic. Fernando Canales –papá del Lic. Canales Clariond que fue Gobernador–, y él también me ayudó, me recomendó, y total que ya era Juez del Juzgado Cuarto de lo Penal. Me inicié como Juez el 1 de julio de 1956 y me casé casi inmediatamente, en agosto. Ahí estuve hasta 1958, pero entre tanto, me enteré que se iba a abrir la Facultad de Economía en la Universidad y me fui a inscribir.

“Yo no sé por qué la idea de la economía me interesaba; no tenía idea de qué se trataba eso”.

porque no tenía nada qué perder y nos fuimos mi mamá y yo a Santa Rosalía, y ahí estuvimos la segunda mitad de 1955.

¿Y ahí qué tal estaba el ambiente?

Era un pueblo muy chiquito, todo estaba muy tranquilo; había muy poco trabajo, tanto así que yo me puse a escribir un libro que le llamé *El canto de las ranas*, pero nunca lo publiqué. Yo estaba muy contento ahí, me quería quedar para siempre, pero entonces mi mamá se enfermó del estómago y me pidió que nos viniéramos a Monterrey a curarse. Me vine pero con la esperanza de regresar a Santa Rosalía.

¿Extrañaba Monterrey?

No extrañaba nada, a pesar de que ya tenía una novia aquí y que habíamos tenido una dificultad porque tardaba mucho en escribirme, acaso eso era lo único que extrañaba yo. Entonces nos regresamos y me puse a litigar aquí en la primera mitad de 1956.

Dos de mis antiguos compañeros de Leyes: Roque González y Gonzalo Martínez me dijeron que también se iban a inscribir, pero no fueron.

¿De donde nació la inquietud de estudiar Economía?

No sé la verdad, yo no sé por qué la idea de la economía me interesaba; no tenía idea de qué se trataba eso. En 1957 yo me inscribí y el horario era tal que podía seguir trabajando en el Juzgado.

¿Cuántos eran en el grupo?

En el primer año en 1957 éramos como 30 o 40, porque para recibir más alumnos en ese año se admitió a profesores normalistas y a otros muchachos que tenían otros bachilleratos.

Al principio comentó que no sabía nada de Economía, ¿no se le dificultó el estudio?

Sí, recuerdo que batallé un poco para volver a acostumbrarme a estudiar y aprender, porque tenía cinco años de haber terminado la carrera de abogado, pero luego logré encarrilarme.

En 1958 se modificó el plan de estudios, de manera que la mayoría de los maestros normalistas se salieron; no pudieron con el nuevo horario, muy exigente. Por primera vez en la Universidad de Nuevo León tuvimos maestros de tiempo completo y estudiantes de tiempo completo.

¿Cómo se da ese cambio?

La fundadora real de la facultad, podríamos decir, fue la señorita Consuelo Meyer. Porque los que la habían fundado en 1957, don Ramón Cárdenas, que era Director de la Facultad de Comercio, y el Lic. Genaro Salinas Quiroga, le pidieron a don Rodrigo Gómez, Director del Banco de México, que como aquí no había economistas, nos prestara una economista, y él mandó a la señorita Meyer. Ella vino a dar la clase de Economía, pero con la idea de implantar un nuevo plan de estudio; decía que la Escuela de Economía de la UNAM era demasiado marxista, que no preparaba buenos economistas. Ella quiso abrir aquí una nueva carrera de Economía y nos preguntó a los que estábamos inscritos si estaríamos dispuestos a dar por perdido el primer año, como no aprendimos nada de Economía todos dijimos que sí, y entonces en 1958 volvió a empezar. Casi acababa de empezar ese año cuando dejé el Juzgado. Yo ya estaba casado y tenía un hijo, y la señorita

me destacaba entre todos al grado que varios de ellos estudiaban conmigo. Así estudié en 1958, 1959 y 1960. En 1960 yo tuve que suplir a un profesor chileno que no pudo venir porque la facultad operaba con muchos maestros extranjeros, ante la ausencia de economistas aquí. Al terminar tercer año, en 1961, el Banco de México me dio otra beca para estudiar en la Escuela de Economía de la Universidad de Yale en Connecticut, en el noreste de los Estados Unidos, una de las más destacadas de ese país.

¿Se va con la familia?

Me voy con la familia: mi esposa y un hijito. Yo iba a estudiar la maestría y el doctorado. En un año obtuve la maestría y en 1963 aprobé el examen final del doctorado, pero nunca escribí la tesis y por eso nunca fui doctor.

¿Qué sucedió?

No hubo tiempo, porque a la señorita Meyer le urgía regresar a la Ciudad de México; tenía algunos problemas personales y me pidió que regresara a sustituirla en la dirección de la Facultad de Economía. El Gobernador Eduardo Livas me nombró Director. La Universidad todavía no era autónoma, fui Director en 1963 y 1964. Quiero agregar que cuando me hice cargo de la dirección de la Facultad de Economía, también fui nombrado Director del Centro de Investigaciones Económicas, al mismo tiempo.

¿Durante su cargo qué cambios realizó?, ¿dónde estaba ubicada la facultad?

La facultad estaba ubicada en Abasolo y Diego de Montemayor, y realmente no realicé ningún cambio importante; y al terminar ese año, en octubre del 1964, el Gobernador Livas decidió nombrar un nuevo rector. Era lo que se acostumbraba, cuando cumplía sus primeros tres años, nombraba un nuevo Rector. Estaba de Rector el Lic. Alfonso Rangel Guerra. Había muchos rumores de que el nuevo rector sería el director de la Facultad de Medicina, que era amigo personal del gobernador, un hombre ya de cierta edad, de mucho carácter; o que sería el director de la Facultad de Economía, que era un jovenzuelo, que era yo. A la hora no nombró a ninguno de los dos, sino a un abogado, que era senador y abogado de la compañía Fundidora de Fierro y Acero: el licenciado Ángel Santos Cervantes, y a mí me nombró Secretario General y me dijo: “tú vas a hacer el trabajo; nada más quiero a Ángel Santos

“El Gobernador Eduardo Livas me nombró Director de la Facultad de Economía. La Universidad todavía no era autónoma”.

Meyer me consiguió con el Banco de México una beca para seguir estudiando de tiempo completo; fue un caso muy especial; no sé ahora que se den becas suficientes para mantener a una familia para estudiar en una facultad.

¿Se notaba la diferencia con respecto a sus compañeros?

Sí se notaba la diferencia entre mis compañeros y yo, porque todos ellos eran egresados de la preparatoria y yo les llevaba 10 años: los cinco de la carrera de Leyes y cinco que había estado fuera;



Suárez Galindo, como rector en funciones, recibe en 1965 al Ing. Raymundo Rivera, jefe del Departamento de Acción Deportiva de la Universidad y a Rafael Lemus Fragoso, entrenador del equipo Tigres de fútbol americano.

por razones políticas”; pero el Lic. Ángel Santos no aceptó la Rectoría. El Gobernador me pidió que fuera a hablar con él para convencerlo de que aceptara, que yo me comprometía a hacer el trabajo de rector; nada más quería su nombre porque entonces la compañía Fundidora de Fierro y Acero era muy importante.

¿Usted fue a hablar con él?

Fui pero me dijo que no podía aceptar. Yo me quedé como Secretario General en funciones de Rector, pero entonces había mucha agitación en la Universidad.

¿Cuáles eran los problemas?

El problema general era que había muchos estudiantes de orientación marxista muy aguerridos, muy agresivo, había mucha propaganda a favor del marxismo. En la Universidad surgió un conflicto con el Director de la Facultad de Filosofía, el Dr. Agustín Basave, a quien los estudiantes de izquierda acusaban de algunas fallas, sobre todo, admitía a estudiantes de otras facultades que no iban a estudiar filosofía, nada más se inscribían para armar una mesa directiva y, de cierta manera, apoderase de la facultad. El Dr. Basave tenía mucho prestigio, era de derecha y tenía controlada la facultad; los estudiantes de

izquierda tomaron el edificio de la Facultad de Filosofía, exigían la renuncia del Dr. Basave. Yo llevé el asunto al Consejo Universitario y éste nombró una comisión para que fuera a la Facultad de Filosofía a ver qué estaba pasando. A mí me contaron que don Eugenio Garza Sada había hablado con el Gobernador Livas y le había dicho que si Basave salía de la Facultad de Filosofía, él se encargaba de echar para fuera al Gobernador. Don Eugenio era un hombre muy poderoso, el gobernador les pidió a muchos miembros del Consejo Universitario que votaron a favor de Basave, a todos los que tenían un interés en gobierno o que eran amigos, pero conmigo no habló, me respetó. La comisión fue, investigó y rindió su informe de que eran ciertas las acusaciones de los estudiantes de izquierda; se llevó a votación el asunto y estuvo muy reñida la votación, al punto de que casi dependía de mi voto que como Rector tenía un peso especial, pero faltó un voto para llegar a eso. El consejo decidió que Basave siguiera en la dirección de la facultad. Los estudiantes de izquierda se negaron a entregar el edificio y a reanudar las clases. Yo, a pesar de que había votado en contra de Basave, le pedí al gobernador que mandara al ejército a

que sacara a los estudiantes de la facultad, y el gobernador me dijo que no podía mandar al ejército, que iba a mandar al jefe de la policía que era experto en arreglar motines y no iba a golpear a nadie, que todo iba a estar bien; lo mandó, sacaron a los huelguistas que estaban ahí, pero en el evento un estudiante resultó mal herido. La policía dijo que se había caído en las escaleras porque él estaba abajo de guardia, y cuando vio a la policía subió corriendo para dar la voz de alarma, pero los otros estudiantes dijeron que no. La policía tomó el edificio y al rato se fueron y los estudiantes de izquierda volvieron a tomarlo. El gobernador llamó a los líderes de ese grupo y les habló muy duro, les dijo: “si yo me he de ir de aquí –y con maldiciones como hablaba él–, me llevo por delante a muchos de ustedes”. No sé, los amenazó hasta de muerte y se asustaron los estudiantes y doblaron las manos. Luego me fueron a ver a mí pidiendo que encabezara un mitin de protesta contra el Gobernador; yo les dije: “si yo fui quien pidió la fuerza pública”, la única vez que en toda la historia de la Universidad ha ocurrido; entonces me dijeron los estudiantes: “entonces vamos a protestar contra usted”, y salieron con mantas pidiendo mi renuncia.

El gobernador me mandó llamar, el día que era de audiencia con él le empecé a decir que íbamos a hacer la Preparatoria número 7 en San Nicolás, me dijo: “no, espérate, fíjate ya no aguanto las presiones de estos canijos de la empresa Treval Monterrey; voy a tener que quitarte de ahí, quiero que le entregues la Rectoría al Lic. Eduardo A. Elizondo, que era el Tesorero General del Estado y que tenía visiones de ser gobernador, y para ese fin le era muy útil irse a la Rectoría, y así fue esto; era mayo de 1965, sólo duré en mi puesto siete meses.

En ese tiempo que estuvo como rector, ¿quién fungió como Secretario General?

Puse en la Secretaría al Lic. Eduardo Segovia Jaramillo.

¿Usted cree que ese cambio ya estaba programado?

El gobernador me estimaba mucho, probablemente me hubiera dejado ahí si no suceden todos esos incidentes. En todo este tiempo yo seguí siendo Director del Centro de Investigaciones Económicas hasta 1966; estuve tres años porque al dejar la Rectoría me quedé sin nada,

excepto el Centro Investigaciones Económicas. En la facultad se había nombrado otro director pero luego renunció, y la Junta Directiva de la facultad me volvió a proponer como director, y entonces el Lic. Eduardo A. Elizondo me nombró Director de Economía otra vez de 1965 a 1966, hasta que en agosto de 1966 me fui a trabajar al Colegio de México como profesor-investigador dos años de 1966 al 1968.

¿Cómo llegó a México?

El Presidente del Colegio de México era amigo mío, había sido asesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Nuevo León, entonces él me ocupó. También actué un tiempo como asesor en un programa para introducir el seguro social al campo, pero estuve nada más seis meses.

¿Después con qué continuo?

Me fui en 1968 a Washington al Departamento de Asuntos Económicos de la Organización de Estados Americanos. En ese departamento me ocupaba de estudiar la situación económica de varios países como Guatemala, Ecuador, Bolivia, Jamaica, Trinidad y Tobago y Barbados.

¿Cómo llegó a esa oficina?

Cuando yo estaba en la Facultad de Economía recibí una comunicación de la OEA, pidiéndome candidatos para que fueran a trabajar en la OEA porque había una regla, supongo que todavía estará, de que debería haber cierto porcentaje de cada nacionalidad; a México le tocaba el 20 por ciento, y así a cada uno de los demás países. Mexicanos escaseaban siempre, no se querían ir a trabajar allá.

¿Cuánto tiempo estuvo en la OEA?

Dos años, de 1968 al 1970, entonces regresé a Monterrey no sólo porque añoraba mi ciudad; regresé a la Facultad de Economía como profesor de Introducción a la Economía de primer año, Teoría Económica de segundo o tercer año; Historia Económica de tercer año; pero había mucha agitación estudiantil en ese tiempo, más que en mi tiempo de la Rectoría. El Lic. Elizondo había ofrecido la autonomía a la Universidad. El caso es que como se volvió autónoma, la tomaron los grupos de izquierda que no la llevaban bien con el gobernador, y entonces se reflejaba en todas las facultades; había huelgas y la Facultad de Economía también estaba pasando grandes apuros. Había letreros en todas las paredes de la facultad insultando a los profesores, entonces

yo le pedí al director que quitara aquellos insultos, y me dijo: “es que estos estudiantes tienen el apoyo del Rector, –el Rector era el Ing. Héctor Ulises Leal–, a la noche los vuelven a poner”. Entonces yo le dije: “bueno, yo me voy para mi casa porque en este ambiente no se puede enseñar”. Nada más estuve un semestre y me fui a la Universidad de Houston a dar un curso sobre Economía Latinoamericana en 1971, y estando ahí recibo una llamada del Secretario Particular del Gobernador Elizondo, quien me dijo que se había formado una comisión de ex rectores para hacer una nueva Ley Orgánica de la Universidad de Nuevo León, y que necesitaban mi presencia. Entonces yo vine, esa comisión estaba encabezada por Raúl Rangel Frías y Enrique C. Livas, pero en realidad los que hicimos el trabajo fuimos Alfonso Rangel Guerra y yo, porque teníamos que hacer de volada una nueva Ley Orgánica; tomamos la ley de la UNAM, y casi la copiamos toda. El Gobernador Elizondo quería presentar su renuncia al mismo tiempo que la Cámara de Diputados promulgaba la nueva Ley Orgánica de la Universidad, y así lo hizo.

¿Fue una jornada agotadora?

Sí, fueron dos días que estuvimos trabajando porque el Lic. Elizondo puso una ley donde en la Junta de Gobierno había líderes obreros y de todo, entonces ésta tenía que hacer la diferencia, tenían que ser sus miembros específicamente universitarios. Yo hice eso y regresé a la Universidad de Houston y me quedé todo 1971.

¿A la Universidad no volvió?

En 1973 el Rector Luis Todd me pidió que me ocupara del Departamento de Planeación, y así fue, ahí estuve hasta 1974. Estando ahí un economista que conocí en el Colegio de México fue nombrado Director General del CONACYT, entonces me pidió que abriera en Monterrey la primer delegación fuera de la Ciudad de México; fui el encargado de 1974 a 1976. En eso se eligió como gobernador a Pedro Zorrilla Martínez y él me nombró coordinador de su grupo de asesores, esto fue en 1973, antes de ir a Planeación, y estuve nada más dos meses de agosto a octubre, y regresé a Planeación, pero lo quiero mencionar porque es la única vez que trabajé en el Gobierno.

¿Regresó a dar clases a la facultad?

Regreso en 1978, nada más por un año, con la misma carga académica y eso fue todo. Ahora

como profesor fui maestro en el TEC, en la UDEM y en el CEU.

¿Y su labor como traductor cómo inició?

Cuando trabajaba en el Colegio de México en 1968, el Fondo de Cultura Económica mandaba al Colegio de México algunos libros para que alguien los leyera y dijera si convenía traducirlos o no; a mí me tocaron algunos, opiné que estaban muy interesantes pero muy difíciles de traducir, entonces me dijeron que por qué no los traducía yo, y acepté. Traduje ese libro que no recuerdo el título ni el autor, pero el caso es que mientras estaba en Washington seguí traduciendo. Cuando regresé de Washington y al ver que no cabía en la situación en que estaban la Facultad de Economía, me puse a traducir y esa fue una labor que me ocupó el resto de mi vida con el Fondo de Cultura Económica, desde 1968 hasta hace cuatro o cinco años. Todo ese tiempo estuve exclusivamente traduciendo, de manera que debo haber traducido unos 200 libros; así como para una revista que se llama *El Trimestre Económico*, que edita el mismo Fondo; traducía artículos, sobre todo del inglés, pero también del francés, italiano y portugués.

En 1994, cuando el Fondo de Cultura Económica cumplió 60 años, hicieron una ceremonia y acordaron otorgar una medalla al autor más publicado, al diseñador y al traductor más destacado; y ese honor me lo concedieron a mí, y recibí la medalla de manos del Presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, y de Miguel de la Madrid, ex presidente, y a la sazón Director del Fondo de Cultura Económica.

En 2002 me inscribí en el Tribunal Superior de Justicia como traductor y ahí estuve hasta principios de 2012. Mi otra única actividad que vale la pena mencionar es como articulista de varios periódicos locales, en particular de *El Porvenir*; pero también de *El Diario de Monterrey* y *El Tribuna*. Desde que estuve en la Rectoría escribía en todos esos periódicos esporádicamente, pero en *El Porvenir*, sobre todo de 1990 a 1994, escribí todos los días.

¿Para usted que significa decir Universidad Autónoma de Nuevo León?

Siento mucho agradecimiento porque me dio todas las armas para luchar en la vida y gratis; siento mucho respeto por ella, la quiero mucho, es como mi segunda casa, me siento muy cercano a ella.



Artemio Benavides, adiós al historiador y educador

ERNESTO DELGADO

Artemio Benavides Hinojosa (1933-2012) nació en un pequeño pueblo, situado en el noreste de México, llamado Los Herreras. Debido a esto, estaba destinado a seguir los pasos de sus antecesores y convertirse en un rancharo o, si tenía algo de suerte, en el telegrafista de la ciudad, debido a su clara inclinación hacia los libros desde una muy temprana edad.

Tuvo la fortuna y la desgracia de pasar por la separación de su padre desde muy joven. En estos pueblos era una tradición que el padre emigrara a los Estados Unidos con la esperanza de mejorar la situación económica de la familia. Desde sus primeros años de edad Artemio resintió la ausencia de su padre. Sin embargo, esto hizo que su madre, en consecuencia, junto con sus hijos

se trasladara a Monterrey, situada a 200 kilómetros de su ciudad natal.

El cambio a una ciudad más grande permitió a Artemio tener acceso a una mejor educación. Durante toda su vida estudió en las escuelas públicas, graduándose con el título de abogado en la Universidad Autónoma de Nuevo León a mediados de la década de 1950. Su tesis profesional fue galardonada con una beca para estudiar un master en la Sorbona de París. Después, terminaría su educación formal con otra maestría en la Universidad de Texas en Austin.

Su viaje de estudios le permitió trabajar como director y profesor en diversas instituciones de educación superior en la Ciudad de México y en la ciudad de Monterrey. También colaboró con universidades norteamericanas que ofrecían cursos de verano para estudiantes estadounidenses en la ciudad de Guanajuato.

La oportunidad de trabajar como director de la biblioteca central del Tecnológico y como director del Archivo General del Estado, en su tierra natal, le permitió obtener fuentes de información que hicieron posible su trabajo como historiador. Durante este tiempo escribió una obra de teatro que fue galardonada por Bellas Artes, sobre la vida del ilustre insurgente fray Servando Teresa de Mier y Noriega.

También investigó y publicó libros sobre Santiago Vidaurri y Bernardo Reyes, célebres gobernadores del Estado de Nuevo León durante la segunda mitad del siglo XIX. Son notorias, ya que establecieron las bases del desarrollo logrado finalmente por el Estado.

Fue en el campo de la educación donde mostró su capacidad visionaria para establecer y dirigir una de las primeras escuelas que ofrecen un programa de estudios internacionales en todo el mundo. Objetivo principal de la institución fue el estudio de las oportunidades y amenazas en el proceso de globalización representada en temas contemporáneos.

Un breve detalle de su trabajo fue en el campo de las ideas donde Artemio influía en la mayoría de la gente a su alrededor. Él nació y se crió en una época donde la juventud estudiosa de México fue atraída al estudio por posturas dogmáticas de ambos signos ideológicos. Los izquierdistas fueron atraídos por los problemas en la Unión Soviética y Cuba, básicamente. Los derechistas, a su vez, observaban la España franquista y sus logros. En este estado de cosas, Artemio había seguido a América del Norte. Pocos fueron los que vieron a los Estados Unidos como paradigma a seguir. Vio en la democracia norteamericana la mejor manera de resolver problemas, donde el respeto por las diferencias de la gente fue más depurado que en otras latitudes. Estaba emocionado y cautivado por el cine norteamericano, sus héroes indiscutibles eran los hermanos Marx y su forma irreverente para enfrentar y resolver problemas. Fue un ávido lector de *The New Yorker*, al que consideraba como el mejor seminario cultural escrito en el planeta. Artemio era casi como un ciudadano norteamericano nacido en Los Herreras, Nuevo León, aunque sin un documento que podría proteger su nacionalidad o residencia.

No cabe duda de que Artemio era un hombre diferente; mantuvo su distancia de aquellos en el

21 de diciembre de 2012

Artemio Benavides Hinojosa

Originario de Los Herreras, N. L., hizo la carrera de Derecho en la UANL y la maestría en Sociología en la Universidad de Texas en Austin. También realizó estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de París. Fue Director del Archivo General del Estado de Nuevo León; de la Biblioteca Central del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey; y de la Universidad de Monterrey. Se desempeñó como investigador y editorialista en publicaciones como *El Imparcial*. Fue catedrático en el Instituto Tecnológico y en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Recibió varias distinciones nacionales, entre las que destaca el Premio Nacional del INBA por su obra de teatro *Fray Servando o el espejo indiscreto* (1984). Publicó, entre otros títulos, *Sociedad, milicia y política en Nuevo León, siglos XVIII y XIX* (2005), *La Constitución de 1857 y el noreste mexicano* (2007). En Tusquets Editores apareció su biografía de *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista* (2009) y *Santiago Vidaurri. Caudillo del noreste mexicano* (2012), un exhaustivo estudio de los años más activos política y militarmente de este polémico personaje, que presentó en la Feria Universitaria del Libro 2012. Sobre ambas obras habló en su última entrevista aparecida en la revista *Actas de la UANL*. Además publicó en coautoría *México y la democracia: una alternativa razonable*. Falleció a los 79 años de edad.

poder y los poderosos. Amaba la libertad más que otra cosa. Para Artemio, la libertad de un hombre era lo primero y luego venía todo lo demás. Sin embargo, debe decirse que comprendía la libertad sin ningún desprecio por la ley. Después de todo, sus estudios formales en el derecho le habían acompañado durante toda su vida.

Descanse en paz. (Fuente: artdaily.org, ArtFortune.com y Gg-Art.Com)